

Como citar este artículo:

Loaiza, A.M. (2015). Investigación para la paz y trabajo social: construcción de una cultura para las paces con perspectiva de género. *Revista Eleuthera*, 12, 89-111. DOI: 10.17151/eleu.2015.12.5.

INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ Y TRABAJO SOCIAL: CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA PARA LAS PACES CON PERSPECTIVA DE GÉNERO*

PEACE RESEARCH AND SOCIAL WORK: PEACE BUILDING WITH GENDER
PERSPECTIVE

ANA MARÍA LOAIZA GIRALDO**

Resumen

Objetivo. Ofrecer un escenario de reflexión para los profesionales de las ciencias humanas, pero sobre todo a los profesionales en trabajo social, acerca de las posibilidades que la profesión-disciplina tiene hacia la construcción y mantenimiento de la paz. Metodología. Metodológicamente está orientado por la investigación documental y es el resultado de la búsqueda de articulación entre el trabajo social y la investigación para la paz, teniendo de fondo los aportes conceptuales de la perspectiva de género, haciendo especial énfasis en el cuidado, el pensamiento maternal y la reflexión sobre las nuevas masculinidades.

Palabras clave: construcción de paz, paz imperfecta, trabajo social y educación para la paz.

Abstract

Objective. To provide a reflection scenario for professionals in the human sciences, but especially to social work professionals, about the possibilities that the profession-discipline has for peace construction and peacekeeping. Methodology. It is methodologically oriented to documentary research and is the result of the search for links between social work and research for peace, taking conceptual contributions from the gender perspective as a background, with particular emphasis on care, maternal thinking and reflection on new masculinities.

Key words: peacebuilding, imperfect peace, social work and education for peace.

* Artículo elaborado como una reflexión a partir de la tesis doctoral: "La paz de género como paradigma para el estudio y análisis de las relaciones entre hombres y mujeres. Un aporte desde la teoría fundamentada".

** Universidad Industrial de Santander, Colombia. E-mail: anamloaiza@gmail.com. ORCID: orcid.org/0000-0002-4778-0249

Los aportes de la investigación para la paz

La investigación para la paz como campo de estudio interdisciplinar tiene unos elementos constitutivos tales como las tradiciones, los valores y las premisas epistemológicas; todo ello visto a través del esquema del interaccionismo simbólico permite no solo reconocer los significados sobre la paz más ampliamente difundidos, sino también los nuevos escenarios donde las ciencias de la paz tengan lugar en el futuro.

Para estudiar la paz es necesario acercarnos a sus conceptualizaciones; he aquí un breve acercamiento a la paz o, más bien, a su concepto. Este ha tenido un proceso de transformación y, si cabe decirlo, de evolución que por sus características ha sido bastante interesante. Es un concepto polisémico y ninguna de sus acepciones puede considerarse más importante o ‘mejor’ que la otra; por el contrario, han demostrado su complementariedad en diversos contextos. Conceptos que nos permiten ver la paz desde diferentes niveles, desde lo individual pasando por lo grupal y comunitario hasta lo social más ampliamente entendido.

Proviene del latín *pax* (género femenino) que “significaba fijar por una convención y resolver mediante un acuerdo entre dos partes” (Muñoz, 2004, p. 1). Asimismo y dependiendo del ámbito de la vida del que se trate ya sea, individual, religioso, social o político, se refiere a ella como una cualidad, una necesidad, un estado del alma, una posibilidad social o un fin en sí mismo.

La paz ha sido un deseo de la humanidad a lo largo de toda su historia siendo conceptualizada de diversas maneras de acuerdo a los contextos, los actores involucrados y, porque no, a los intereses políticos. Después de la Segunda Guerra Mundial comienzan diversas aproximaciones científicas a algo que tan solo era un deseo y un anhelo social, pero que en realidad no se sabía a ciencia cierta cómo podía llegar a alcanzarse. Lo realmente contradictorio es que, en el pensamiento inicial, lo que ocupaba el centro de las reflexiones era precisamente la guerra y desvelar como era posible evitar que se presentara nuevamente.

Surgen así los primeros acercamientos a lo que hoy se denomina como investigación para la paz, la cual en sus orígenes estaba orientada como investigación para prevenir la guerra. Estos acercamientos ofrecieron las primeras pistas hacia la comprensión de los diversos contextos conflictivos en los que nos movemos como especie y al mismo tiempo obtener las herramientas necesarias para la construcción de una cultura para hacer las paces.

Nace, entonces, el concepto de paz negativa como resultado de la preocupación acerca de la guerra tomándose en serio a la paz como objeto de estudio científico. Desde sus comienzos esta fue entendida, desde mi punto de vista, como ajena a las personas y a sus cotidianidades; generalmente era una paz asociada a un fin último, como un estado que no tenía mucho que

ver con lo individual, una paz directamente ligada a los escenarios de la toma de decisiones políticas en el macro escenario.

Un primer acercamiento a la *paz negativa*, entendida como “ausencia de conflictos armados, de violencia expresa, es decir, la paz como ausencia de guerra, vista sobre todo como guerra entre estados” (Jiménez, 2004, p. 907), nos muestra como la paz —o, más bien, su concepción— responde necesariamente a un contexto histórico determinado; contexto que se encontraba inmerso en la guerra y la violencia. Después de la Segunda Guerra Mundial, y aún en nuestros días, la guerra ha sido vista como un factor unicausal de la inexistencia de paz y en coherencia con ello hemos sido testigos de las campañas guerrerristas donde se cree que alcanzar la paz pasa necesariamente por largos períodos de violencia como, por ejemplo, el período que ha vivido Colombia en las últimas décadas.

Posteriormente el concepto de *paz positiva* surge como consecuencia del intento de definir la paz desde lo que no es, entre otros: la violencia; la guerra; la marginación; la exclusión. Fue necesario aprender a pensar en la paz, desde la paz misma, entendiendo y considerando la posibilidad que para hacer las paces tenemos, quienes hacemos parte de la especie humana, que ver más allá de la reconocida capacidad violenta que nos ha sido asignada “por naturaleza”.

Con la idea de complementar la noción de paz negativa aparece en la década de los años 60 del siglo XX la noción de paz positiva al mismo tiempo que se introdujo la noción de violencia estructural (Galtung, 1964), la cual se encuentra directamente relacionada con la violencia que se ejerce a través de las estructuras de poder haciendo que las violencias cotidianas como el analfabetismo, la miseria, el hambre, entre otras, se hicieran evidentes.

Todo esto muestra como la paz —o, más bien, el concepto de paz— debía responder a esas necesidades vividas y sentidas. Es así como la paz positiva muestra que no solo la ausencia de guerra es el estado ideal sino más bien alcanzar niveles altos de calidad de vida, tener los derechos garantizados y posibilidades de desarrollo individual y social. Esto quiere decir que la noción de paz positiva hace referencia a un estado positivo de bienestar.

Siguiendo esta línea argumentativa la paz va tomando un rumbo diferente y se ha ido perfilando no como un fin sino como un camino a recorrer por lo que este aporte ofreció una perspectiva, desde mi punto de vista, enriquecedora. Sobre todo para el trabajo social, ya que considerar la *paz imperfecta* como proceso permite pensar que la paz sean “todas aquellas situaciones en las que conseguimos el máximo de paz posible de acuerdo con las condiciones sociales y personales de partida” (Muñoz, 2004).

Este enfoque de imperfección permite entender la paz en distintos contextos y niveles es decir que, aun cuando se acerca más a la persona en su entorno cotidiano, también ofrece

una perspectiva distinta para quienes ostentan el poder y la paz es su objetivo. A su vez la concepción de paz como imperfecta permite pensarla como inacabada, un objeto de construcción constante, dinámica y flexible.

Para los profesionales en trabajo social, en contextos de posconflicto, dicha resignificación conceptual de la paz orientada a la intervención profesional,

posibilita comprender de forma holística y crítica sus dimensiones ético, políticas, ideológicas, estéticas, epistemológicas, técnicas y contextuales; dinamiza el compromiso con la formación y la construcción de acciones sociales tendientes a consolidar sociedades pluralistas, democráticas y participativas. (Cifuentes, 2008, p. 7)

La paz ha sido concebida de diferentes maneras y cada una de ellas corresponde al momento histórico, al contexto social y a los intereses de las personas involucradas en su desarrollo. La investigación para la paz tiene que ver también con la capacidad de incidencia política de sus investigaciones, los instrumentos que se pueden emplear y la capacidad de construir un conocimiento que sea asumido por todos y todas y que en consecuencia pueda ser apropiado en la vida cotidiana.

Es posible entender la investigación para la paz como un campo de estudio interdisciplinar desde varias perspectivas; por tanto, partimos de la idea que presenta Rafael Grasa (2010) en su libro *Cincuenta años de evolución de la investigación para la paz* y en el que encontramos una posición bastante tradicional de la misma. En el apartado que muestra las seis tesis sobre la investigación para la paz plantea que el contexto en el que esta surge ha sido un lastre muy fuerte hacia la perspectiva de involucrar nuevos problemas y de incursionar en otros niveles y sistemas sociales.

Lo anterior está relacionado con la idea de Anatol Rapoport (1970), quien plantea que “la investigación para la paz no es una disciplina propiamente dicha”. Es interesante encontrar la misma visión en dos momentos alejados en la historia. Esto apoya la percepción de Grasa al respecto de la poca o nula evolución de los estudios para la paz; sin embargo, a mi modo de ver, desde 1970 se ha podido encontrar en ámbitos diferentes la incursión de los estudios para la paz y su esfuerzo hacia la construcción de un sustento epistemológico que permita soportar una disciplina. El proceso de construcción del campo de la investigación para la paz ha tomado tiempo, en la medida en que sus agendas van siendo orientadas a nuevos problemas y contextos.

En este sentido ya en 1970 Rapoport hacía un aporte interesante y complementario, argumentando que no es propiamente una disciplina sino que “es distintivamente “interdisciplinaria” lo que quiere decir que los esfuerzos de investigación siempre son orientados por problemas” (Rapoport, 1970, p. 283).

Dichos problemas se encuentran en el contexto social y es ahí donde emergen los escenarios para la investigación, estos problemas se han agrupado en lo que se denomina: agendas minimalista y maximalista (Galtung, 1969; Rogers y Ramsbotham, 2000; Harto de Vera, 2004). Por un lado, la agenda minimalista enfocada básicamente en la prevención de la guerra y sobre todo del holocausto nuclear; por otro, la agenda maximalista planteada por los investigadores europeos a partir de la necesidad de observar otros contextos donde la posibilidad de construcción de paz también sea posible involucrando nuevas perspectivas de transformación de conflictos, la educación por la paz, la construcción de una cultura de paz, entre otros.

El resultado es una agenda maximalista de investigación para la paz que permite la incursión en temas como el género, el medio ambiente, así como otros tantos discursos y voces necesarios y urgentes para plantear a través de los estudios de paz. Así, lo que dichas agendas plantean se constituye en la ruta hacia donde dirigirse para quien pretende conocer las causas de la guerra, la violencia y como construir la paz. De ahí que sea necesario y fundamental que cada investigador e investigadora conozca su propio punto de partida, para este caso la profesión-disciplina en trabajo social, ya que esta permeará sus percepciones e interpretaciones del mundo empírico.

Sin hacer referencia directa a su definición como disciplina propiamente dicha, Paul Rogers y Oliver Ramsbotham plantean siete características de los estudios de paz como campo de estudio definido, a saber: la preocupación por abordar las raíces de la violencia directa; la comprensión de la necesidad de una respuesta interdisciplinaria dada la naturaleza del conflicto; la búsqueda de formas pacíficas de resolver disputas; la adhesión a un análisis multinivel; la adopción de un enfoque global multicultural; la comprensión de que la investigación para la paz es al mismo tiempo una tarea normativa y analítica; y, finalmente, la estrecha relación entre teoría y práctica (Rogers y Ramsbotham, 2000, p. 12).

Estas siete características se configuran como necesarias en la investigación para la paz y aunque no es definida de una manera específica sí le permite a quien se acerque a sus estudios comprender hacia dónde esta orientada, con quiénes participa y mediante qué estrategias se conoce y acerca a la realidad a partir de una perspectiva interdisciplinaria.

A su vez, dichas características tienen también unos desafíos que alcanzar hacia el logro de sus objetivos (Rogers y Ramsbotham, 2000, p. 28); por ello, se plantean los retos más importantes de la investigación para la paz en relación con las características anteriormente citadas: lo primero y necesario para evitar la violencia es avanzar en procesos de mantenimiento de la paz y la prevención de la crisis. Asimismo, aportar hacia la resolución y la transformación de los conflictos con gobiernos que a todo nivel sean sensibles a las necesidades humanas.

Otro elemento es el enfoque pacífico de transformación social que, aunque ha sido una perspectiva muy criticada por quienes consideran que las formas más eficaces de lograr la paz no necesariamente pasan por la ruta no violenta, es necesario reivindicar —y en eso estoy

de acuerdo con los autores mencionados— el enfoque principal de la investigación para la paz, a saber: “la resolución pacífica de disputas”.

En el análisis multinivel se ha ganado un terreno valioso para las comunidades que desarrollan, desde dentro, procesos de construcción de paz en el pequeño y mediano nivel. Donde la paz no se construye desde fuera, con un experto, sino más bien donde las personas son sujetos de cambio y transformación. Además la inclusión de las perspectivas que habían sido silenciadas y ocultadas, como las voces de las mujeres y de los diferentes grupos étnicos, son un desafío para los estudios de la paz. Estos elementos se configuran como fundamentales para un profesional en trabajo social que busca a través de su intervención la construcción de una cultura para las paces.

Vale la pena reconocer las críticas constructivistas y aceptar que la investigación para la paz no prescribe soluciones completas para las sociedades, ya que su compromiso está orientado hacia la búsqueda de alternativas no violentas de transformación social. Sin embargo, es necesario comprender que el conocimiento y la producción de este corresponden a procesos circulares y de interacción con el mundo empírico.

Finalmente, la distinción entre teoría y práctica es un debate que ha ocupado mucho espacio en las discusiones de la investigación para la paz donde se plantea que debe existir una distinción entre el activismo y la investigación propiamente dicha.

Los estudios sobre la paz como construcción científica

Todos estos aportes son el resultado de un arduo trabajo en cuanto a pensar y reflexionar la paz y las implicaciones sociales de esta. Al otorgarle carácter de disciplina, definir su objeto de estudio, enfoques, corrientes y metodologías la investigación para la paz adquiere un carácter de cientificidad necesario que acompaña la construcción de conocimiento.

Hacia el logro de lo que pretendemos en el presente artículo se presentarán algunos de los planteamientos expuestos por Fernando Harto de Vera (2004) quien recoge en su libro, *Investigación para la paz y resolución de conflictos*, los principales aportes desde diferentes perspectivas de quienes investigan la paz, así como de sus instituciones.

Lo primero que debemos decir es que la reflexión sobre la paz surge en un contexto vinculado estrechamente con las tradiciones religiosas, llevando consigo los principios morales y éticos de las cuales dependían. Los padres y abuelos de la investigación para la paz inyectaron este tipo de pensamiento a la idea de alcanzar un mundo en condiciones pacíficas y justas (Grasa, 2010; Rogers y Ramsbotham, 2000).

Sin embargo, para hacer posible la construcción de conocimiento con unas bases de científicidad claramente definidas, fue necesario pasar de las referencias de la paz y la guerra a partir de un punto de vista anecdótico y literario y comenzar a verlas por medio del punto de vista analítico. El mundo antiguo está lleno de referencias tanto a la paz como a la guerra, al igual de cómo debían desarrollarse cada una de ellas, acompañadas claramente con discursos acerca de lo que la guerra hace en el hombre, su virilidad, hombría, y especialmente en su ser como ciudadano.

La reflexión de la paz como artesanía intelectual (Harto de Vera, 2004, p. 28) ocupa y acompaña toda la historia de la humanidad desde los antiguos griegos pasando por los diferentes imperios, el cristianismo, el feudalismo, la Edad Media hasta casi la mitad del siglo pasado. Generalmente, con ese toque de misticismo que envuelve las diferentes tradiciones religiosas que desde épocas remotas enseñan valores propios del pensamiento pacifista y no violento.

Cuando la paz empieza a considerarse como un fenómeno autónomo (Harto de Vera, 2004, p. 37) ya se había iniciado la construcción de los Estados occidentales, por lo que es pensada como un proyecto que acompañaría este proceso. Pensadores como Rousseau y Kant apoyaban la idea de una paz sustentada en los Estados, en los ciudadanos y en sus derechos, donde la guerra sería un mecanismo innecesario en el que no sería preciso invertir grandes cantidades de dinero; cantidades factibles de ser destinadas a fines civiles y pacíficos. De esta manera,

la correcta comprensión de los intereses de los ciudadanos tendría el efecto de ayudar a prevenir la guerra y promover las relaciones mutuamente beneficiosas entre los estados [...] En este punto, se produce una evidente conexión con los planteamientos de Adam Smith quién planteó los efectos pacificadores del libre comercio. (Harto de Vera, 2004, p. 39)

La paz como objeto de estudio científico ha tenido una rápida transformación, aunque en comparación con muchas otras disciplinas aún se encuentra en un desarrollo incipiente. Las primeras escuelas de pensamiento de las ciencias de la paz se ubicaron en Estados Unidos obteniendo un serio desarrollo desde una perspectiva tradicional; por su parte, con la incursión europea en una visión más holista y complementaria de las realidades sociales se ha podido ir construyendo una estructura teórica más dinámica e incluyente.

Son muchos los enfoques desde los cuales se han podido abordar los estudios de la paz, cada uno pertinente a una realidad diferenciada y a un contexto histórico determinado. Dichos enfoques no son excluyentes los unos de los otros, muchos de ellos tuvieron su mayor apogeo hace algunas décadas; no obstante, son perspectivas que todavía son retomadas por diferentes investigadores e investigadoras alrededor del mundo.

Es así como en los años setenta el enfoque predominante era el ‘minimalista’ que se caracterizaba por tener un concepto estrecho de paz, es decir una ausencia de guerra donde se pensaba que el conocer sus causas llevaría a que esta fuera impedida. Un enfoque ‘intermedio’ que ampliaba un poco el anterior y planteaba la identificación de instrumentos para la guerra.

Finalmente, un enfoque ‘maximalista’ que planteaba la ausencia de violencia real, directa o indirecta y en el que sus autores comparten la paz como valor, la interdisciplinariedad y las aplicaciones prácticas y políticas de sus hallazgos.

Más tarde emerge la visión estructural, dialéctica y evolucionista de Kenneth Boulding (1977) quien plantea una división en base a los planteamientos de los principales autores y su comportamiento con respecto a la investigación para la paz. Según Boulding los estructuralistas “se sienten un tanto inseguros con las dinámicas y tienden a evaluar el mundo en términos de estructuras” (Harto de Vera, 2004, p. 167). Los teóricos dialécticos “ven el mundo principalmente en términos de interacciones entre grandes estructuras que luchan entre sí, ya se trate de clases o de naciones” (Harto de Vera, 2004, p. 167). Por último, los evolucionistas “quienes conciben el mundo esencialmente como un sistema desequilibrado consistente en la interacción ecológica de innumerables especies que se relacionan bajo condiciones de constante cambio” (Harto de Vera, 2004, p. 168).

Por otro lado, existen tanto la corriente cualitativa como cuantitativa; en la primera, los eventos que son posibles de ser medidos y cuantificados son estudiados mediante técnicas y enfoques positivistas mientras aquellos pertenecientes a la esfera ‘simbólica’ son abordados desde perspectivas cualitativas. En la perspectiva cualitativa se encuentran Herman Schmid y Johan Galtung.

Una propuesta estructural-cualitativa que aporta luces en la investigación para la paz

Muchas de estas propuestas y del análisis de nuevas problemáticas sociales desde la perspectiva pacífica corresponden a la inclusión de un cuerpo de conocimiento basado en la comprensión de la violencia, el conflicto y la paz por medio de perspectivas diferentes. En este sentido Johan Galtung (con todo y las críticas hechas a su trabajo) planteó lo que podríamos denominar un cisma en la investigación para la paz ‘tradicional’, ofreciendo un marco interpretativo diferente que todavía es utilizado por una buena parte de investigadores e investigadoras para la paz. Estos aportes, a mi modo de ver, son los más pertinentes para los profesionales en trabajo social puesto que involucran problemáticas de contextos tan complejos como el nuestro.

Fundamentalmente, ofreció un sustento teórico y epistemológico con el cual poder avanzar de una agenda tradicional a nuevos escenarios donde la paz es posible. En su libro *Paz por*

medios pacíficos (2003), Galtung plantea una base epistemológica para las ciencias de la paz y los paradigmas que él considera fundamentales para entenderlas. Vale la pena aclarar que, aunque haya apartados en los cuales no se ha logrado un consenso, exploraremos aquí sus aspectos más pertinentes para el presente trabajo.

Lo primero que habría que destacar es que, según Galtung:

las definiciones de la paz se centran en los seres humanos en un medio social. Esto convierte a las ciencias de la paz en una ciencia social, y más en concreto en una ciencia social aplicada, con una orientación explícita hacia los valores. (2003, p. 31)

Como punto de partida de sus planteamientos esto es fundamental puesto que acerca la investigación para la paz a lo subjetivo del ser humano y al conocimiento de los significados que de ella construimos en interacción.

Sumado a ello la consideración como ciencia social y ciencia social aplicada lleva indiscutiblemente a una estrecha relación con los presupuestos generales de la investigación social (métodos, premisas, valores y construcciones teóricas), que dicho sea de paso se sustentan en el acercamiento al mundo de la vida de las personas y al conocimiento de las intersubjetividades; aquí es precisamente donde hay un punto de encuentro con la profesión-disciplina del trabajo social, a la que el mismo Galtung hace referencia en su texto.

Así pues, propone tres ramas de la investigación para la paz. Primero, “investigación empírica sobre la paz”. La segunda, “investigación crítica sobre la paz”. Tercera la “investigación constructiva sobre la paz” (Galtung, 2003, p. 33) donde existe una relación de ida y vuelta entre teorías y valores, lo que propicia nuevas maneras de ver la realidad. Es a partir de esta perspectiva constructiva, y desde la que se desarrolló la investigación que sustenta este artículo, donde existe la posibilidad de conocer cómo se dan las relaciones pacíficas entre hombres y mujeres y cómo podría llevarse esto a una construcción teórica fuerte.

Vale la pena decir también que ninguno de los enfoques es excluyente de los demás; por el contrario, proporcionan nuevas maneras de ver las relaciones entre valores, teorías y datos, al igual que en ciencias sociales aplicadas existen varios enfoques pertinentes de acuerdo a lo que las realidades exigen. Así, lo que queremos es explorar una realidad empírica consolidada que sea parecida a la realidad que pretendemos conocer; por tanto, vamos al núcleo fundamental donde las relaciones pacíficas entre hombres y mujeres suceden diariamente y a partir de ahí poder construir unas nuevas maneras de entenderlas.

Perspectivas y escenarios actuales

Vicent Martínez, Irene Comins y Sonia París (2009) plantean que la investigación para la paz se ha venido configurando como una “disciplina empírica en el siglo XX”. Para que este acuerdo fuera posible, fue necesario un largo recorrido por perspectivas, metodologías, teorías y actores; recorrido que lleva a dividir en dos los objetivos de los estudios para la paz: en primer lugar, tienen como misión realizar un análisis diagnóstico de la sociedad y el mundo en el que vivimos, visibilizando y denunciando los diferentes tipos de violencia, directa, estructural y cultural que sufren tanto los seres humanos como la naturaleza. En segundo lugar, los estudios para la paz no se quedan solo en la descripción de lo mal que está todo, el planteamiento de alternativas forma parte indispensable para construir nuevos futuros. Así, los estudios para la paz tienen dos dimensiones de trabajo: por un lado, una crítica o deconstructiva y, por otra, constructiva o reconstructiva (Martínez, Comins, París, 2009).

Es desde esta perspectiva donde se encuentra centrada la investigación que sustenta este artículo, una perspectiva interdisciplinar en la que se propone deconstruir las relaciones entre hombres y mujeres para luego reconstruir una paz de género que sea pertinente con las vivencias de las personas en su cotidianidad y descubrir así como la paz es mediadora de esas relaciones. Lo más importante de la propuesta es hacerlas visibles y conocer cómo se dan esos entramados relacionales en las familias y comunidades, escenarios en los que el profesional en trabajo social y su intervención tienen un asiento fundamental en su desarrollo y transformación.

Es posible identificar dentro de la dinámica de una disciplina empírica del siglo XX la característica fundamental que promueve la elaboración de nuevas epistemologías. Martínez, Comins, París, muestran como las ciencias deberían transformar sus paradigmas y desarrollar nuevas maneras de acercarse a las realidades; proponiendo un marco interpretativo muy interesante que se presenta a continuación en la siguiente tabla.

Tabla 1. Transformando paradigmas en la investigación para la paz.

En lugar de...	Resaltar...
La objetividad	El carácter intersubjetivo de la ciencia que pone de manifiesto la interpelación mutua entre las personas implicadas.
La Perspectiva del observador	La perspectiva del participante
La relación entre sujeto y objeto	La relación entre personas que tienen derecho a opinar
Las dicotomías entre hechos y valores	El papel de los valores y la inexistencia de "hechos puros"
La neutralidad	El compromiso con los valores
El paradigma de la conciencia	El paradigma de la comunicación
Poner de manifiesto el idealismo de los estudios para la paz	Su carácter realista, porque es a partir de ellos como se entienden las diferentes formas que tenemos de hacernos las cosas, ya sean violentas o pacíficas
La unilateralización de la razón	La relación entre razón, sentimientos, emociones, cariño y ternura
Una justicia neutra	La existencia de la justicia solidaria y "con cuidado"
Ver el mundo como un espacio abstracto	Su existencia como un mundo formado por una diversidad de lugares
Una naturaleza distante y objetiva	La unión entre la naturaleza y el ser humano como parte de ella
La dicotomía entre la naturaleza y la cultura	Su vinculación y admitir la construcción social de la naturaleza
Destacar sólo lo masculino	La categoría de género para comprender cuán excluidas han estado las mujeres en nombre de la neutralidad
Ver sólo el papel de la vulnerabilidad humana en el desarrollo de los mecanismos de agresión	Su valor para originar ternura
Entender que la paz es sólo cosa de santos o héroes	Que la paz es para gente como nosotros

Fuente: elaboración propia a partir de Martínez, Comins, Paris (2009).

La investigación para la paz y la construcción de paz

En el marco del trabajo de Johan Galtung, en investigación para la paz, podemos encontrar uno de los conceptos de construcción de paz más integrales, a saber: "un emprendimiento político que tiene como objetivo crear paz sostenible enfrentando las causas estructurales o profundas de los conflictos violentos a partir de las capacidades locales para la gestión pacífica de los mismos" (Galtung, 1976).

Este concepto se sale de la noción original propuesta por las Naciones Unidas, la cual plantea la posibilidad de construir la paz después de terminada la guerra entre Estados; todo ello desconociendo que la principal característica de los conflictos armados actuales es su carácter

interno¹ como, por ejemplo, el caso colombiano.

La perspectiva de Galtung es fundamental, pues propone partir de las propias capacidades para transformar los conflictos. En este sentido, la construcción de paz en el posconflicto es entendida como “la acción de identificar y apoyar estructuras que fortalecen y solidifican la paz con el objeto de evitar la recaída en el conflicto” (ONU, 1992, p. 5). Con este concepto el trabajo social puede acercarse a los escenarios de construcción de una cultura para las paces a pesar de la complejidad de las violencias difusas².

Por su parte, al momento de instalarse en el seno de las actividades de las Naciones Unidas se crea la Comisión de Consolidación de la Paz con los objetivos de:

reunir a todos los agentes interesados en reunir recursos y para asesorar y proponer estrategias integradas de consolidación de la paz después de los conflictos y la recuperación; centrar la atención en los esfuerzos necesarios para la recuperación de reconstrucción y de desarrollo institucional de los conflictos y apoyar el desarrollo de estrategias integradas para sentar las bases del desarrollo sostenible; proporcionar recomendaciones e información para mejorar la coordinación de todos los actores relevantes dentro y fuera de las Naciones Unidas, para desarrollar las mejores prácticas, para ayudar a asegurar una financiación previsible para las actividades iniciales de recuperación y ampliar el período de atención prestada por la comunidad internacional para la recuperación posconflicto. (ONU, 2005, p. 70)

Asimismo, se crea la Oficina de Apoyo a la comisión y un Fondo de Naciones Unidas para la Consolidación de la Paz. Al igual que se expide la Resolución 1325 de 2000 del Consejo de Seguridad, en torno a las mujeres y la construcción de paz, herramienta fundamental para cualquier profesional en trabajo social que pretende construir a partir de la intervención una cultura para la paz especialmente en el contexto en que vive Colombia.

De acuerdo con Ruíz existen diferentes perspectivas para la construcción de paz dependiendo de la interpretación, pero en todo caso referirse a la construcción de paz implica necesariamente referirse también a sociedades en posconflicto. Además es posible hablar de construcción de paz con base en los intentos realizados por la iniciativa ciudadana para influir en las decisiones de los políticos, así como un esfuerzo para mejorar la relación entre adversarios, recobrar la confianza y la cooperación consolidando una voluntad política para la solución del conflicto (Ruíz, 2004). En todo caso, en cualquiera de estas situaciones, el profesional en trabajo social

¹ Según Vicenç Fisas (2004) entre 1989-2002, el 94 % de los 116 conflictos producidos habían sido intraestatales.

² Concepto acuñado por Peter Lock para explicar como la guerra clásica del pasado ha sido sustituida por enfrentamientos armados con nuevos actores, nuevos y variados repertorios de violencia, donde el Estado es ausente y donde el ejercicio de la violencia está sustentado en el machismo.

requiere de un esfuerzo consiente basado en el conocimiento para lograr transformaciones de fondo.

El proceso de construcción de paz implica necesariamente apoyarse en otras perspectivas mucho más amplias tales como: la seguridad humana; derechos humanos y enfoque diferencial, en la atención de las afectaciones por la guerra; perspectiva de género y desarrollo humano sostenible; todo lo anterior con el objetivo de “aumentar la capacidad de una sociedad para gestionar conflictos de forma pacífica” (Ruíz, 2004, p. 920).

En coherencia con lo anteriormente planteado, el avance de Galtung en el tema de la construcción de paz es fundamental puesto que plantea que la paz es “aquello que tenemos cuando es posible transformar los conflictos de forma creativa y no violenta” (Galtung, 2003, p. 33).

Esto implica que hacer o construir la paz no es solo que no exista violencia directa, estructural y cultural, sino necesariamente el desarrollo de capacidades para vivir en un medio pacífico donde el conflicto sea visto como oportunidad.

Por esta razón, Galtung plantea una fórmula muy interesante y útil para los profesionales en trabajo social en especial bajo aquellas posibilidades de que otros tipos de violencia emerjan de la violencia general y generalizada. Su propuesta parte de las denominadas 3R: reconstrucción (tras la violencia); reconciliación (de las partes); y resolución (de los conflictos subyacentes). Esta propuesta propicia un escenario donde los profesionales en trabajo social tienen toda la cabida y posibilidad de intervención, aportando sus métodos tradicionales y seguramente retroalimentando la construcción de su objeto de conocimiento e intervención.

En este sentido, lo explica Romeva (2003): primero, Galtung considera que reducir la reconstrucción a la rehabilitación psicosocial y a la reconstrucción material significa dejarse hipnotizar por lo visible a costa de lo invisible; esto es rehabilitación como curación a corto plazo, reconstrucción económica con sostenibilidad, la reestructuración de la democracia con educación para la paz desde la escuela. Segundo, define la reconciliación como la suma de dos conceptos: por un lado, el cierre para que no se reabran las hostilidades entre los actores y, por otro, curación directamente implicada con la rehabilitación. Tercero, la resolución implica prevención, promoción y educación, sin esperar a que el conflicto aparezca (Romeva, 2003).

El trabajo social y la construcción de paz

En este apartado se busca la construcción de enlaces entre las categorías trabajadas hasta aquí: investigación para la paz, construcción de paz y trabajo social; uno de los principales aportes que va en coherencia con lo que el profesional debe tener en cuenta, tanto en la intervención profesional como en la investigación, es la perspectiva de género como transversal. El

conocimiento profundo de dicha perspectiva, permitirá entender esos microniveles en los que el conflicto tiene lugar.

Con base en lo anterior, el profesional en trabajo social debe tener en cuenta que:

la construcción de paz en una tarea enormemente compleja, en escenarios de violencia increíblemente complejos, dinámicos y, en la mayoría de los casos, destructivos [...] una persona que trabaja en la construcción de paz tiene que aceptar la complejidad, no dejarla de lado o huir de ella. (Lederach, 2007, p. 68)

A su vez, el trabajo social es una profesión que:

promueve el cambio social, la solución de problemas en las relaciones humanas y el fortalecimiento y la liberación de las personas a fin de incrementar el bienestar. Mediante la utilización de teorías sobre comportamiento humano y los sistemas sociales, el Trabajo Social interviene en los puntos en los que las personas interactúan con su entorno. Los principios de derechos humanos y justicia social son fundamentales para el Trabajo Social. (Asociación de Escuelas de Trabajo Social y Federación Internacional de Trabajadores Sociales, 2004)

Desde los orígenes de la profesión fue necesario adoptar una serie de vínculos con teorías, prácticas, metodologías y valores que no le eran propios y que, por el contrario, respondían a intereses institucionales, públicos y filantrópicos claramente delimitados. Por tanto, lo que se pretendía era extender los valores de la caridad y la filantropía como ideales para vivir en sociedad.

Así, hubo un cambio y una transformación en casi todos los ámbitos del trabajo social por lo que a medida que esto iba sucediendo ha sido posible ampliar la agenda de investigación e intervención. Por ello a medida que el trabajo social se configuró como una profesión, se le asignó la autonomía necesaria para conocer y profundizar en las realidades sociales, para pensar críticamente los diferentes contextos y para ser objeto de transmisión mediante la formación profesional.

Como su definición lo plantea tanto el trabajo social como la investigación para la paz apropian diversos referentes teóricos de las ciencias humanas, de ahí su carácter y naturaleza interdisciplinar. Desde sus inicios, se ha esforzado por construcciones teóricas importantes; sin embargo, el trabajo social se ha orientado fundamentalmente hacia la acción.

Por su parte, la paz como deseo humano ha estado presente desde el inicio de la profesión por lo que ha sido tenida en cuenta como un valor fundamental que se desea promocionar dentro

de las relaciones humanas; no obstante, es incipiente y tímida su participación y aporte en las ciencias de la paz, y aún más en la investigación para la paz con perspectiva de género, lo que lleva a la configuración de un escenario importante de acción e investigación.

En las intervenciones para las que están formados quienes ejercen la profesión de trabajo social ha sido una constante el trabajo desde los sistemas individuales, familiares y comunitarios orientados hacia la promoción de los derechos humanos y la paz, en especial en contextos de conflicto y conflictos de género. Así que existe innumerable bibliografía sobre lo que los profesionales pueden ‘hacer’, pero todavía no se ha construido conocimiento sobre aquello que puede facilitar la construcción de paz y en cómo esta puede configurarse como objeto de conocimiento.

Lo que se ha encontrado en las diversas investigaciones es que el trabajo social ha construido conocimiento alrededor de la educación para la paz como estrategia por excelencia para la construcción de paz no desde la perspectiva tradicional, es decir en una institución educativa, sino más bien apropiándose del rol de mediadores para la resolución de conflictos.

Un marco de la investigación para la paz con perspectiva de género, que al mismo tiempo aporte una construcción epistemológica a la profesión del trabajo social, no puede pasar por alto que esta ha sido considerada históricamente como una profesión principalmente ‘femenina’ que corresponde con los roles asignados tradicionalmente a la mujer. La poca participación masculina en la formación y en el ejercicio del trabajo social responde al paradigma de masculinidades y feminidades instaurado en la sociedad. Paradigma que es necesario superar si lo que buscamos es construir una cultura para las paces, con las características que se han explicado anteriormente.

El trabajo social, al interactuar en contextos donde las relaciones humanas se dan, tiene una gran escenario para conocer, desde la base, cómo se construyen las relaciones entre los géneros y si estas aportan o no a la construcción de paz, así como si esas interacciones están mediadas por la paz o por la violencia en la transformación de los conflictos. Es posible también hallar visiones y perspectivas desde los propios actores involucrados y desde sus cosmovisiones como base para lecturas diferentes de la realidad.

Por ello, es necesario tener en cuenta en esta reflexión que las ciencias humanas y las disciplinas que han estado interesadas en la investigación para la paz (historia, filosofía, sociología, ciencia política) poseen desarrollos teóricos precedidos por varios siglos. Esto no es el caso del trabajo social que como disciplina incipiente “ha utilizado de manera acrítica y fragmentada algunas nociones básicas de las teorías sociales y humanísticas con la finalidad de explicar situaciones concretas que se le plantean en la práctica profesional” (Vélez, 2003, p. 23). Lo que generó en un momento de su desarrollo un eclecticismo teórico de la práctica profesional.

En este sentido, este artículo es un esfuerzo por aportar a la derrota de

una de las visiones quizá equivocadas con que arrastra el Trabajo Social a través de su historia, es la confusa y problemática relación entre teoría y práctica. Esa dicotomía entre pensar y hacer ha atravesado históricamente la profesión relegando a un segundo lugar el papel de la teoría, privilegiando el activismo y el asistencialismo y convirtiéndose en un obstáculo epistemológico para la producción de conocimiento. (Vélez, 2003, p. 25)

Dicotomía que si se logra superar permitira realizar prácticas profesionales mediadas y sustentadas en el conocimiento teórico y la reflexión constante de los hechos sociales. En todo caso “implica re-estudiar el cuerpo de conocimientos existentes en las ciencias sociales, desde la realidad situada que le corresponde atender al Trabajo Social” (Toledo, 2004, p. 3). Es así como la construcción de paz con perspectiva de género en Colombia es una oportunidad para ello.

Para que el trabajo social pueda llegar a superar la marca de externalidad teórica, metodológica y praxeológica que posee su formación debe preguntarse por el desarrollo de su proceso histórico, sus aportes, sobre cómo se ha llevado a cabo la reflexión acerca de las realidades humanas y a través de cuáles propuestas ha llegado hasta aquí, “estableciendo mediaciones y equilibrios entre lo interno y lo externo y rompiendo con las cadenas que la externalidad le ha impuesto a su fundamentación teórica” (Vélez, 2003, p. 47). Así, tanto la investigación y la paz de género como perspectiva en la construcción de paz es fundamental en un escenario de posconflicto o posacuerdo que lleva necesariamente a generar nuevas reflexiones a la profesión sobre su propio constructo epistemológico.

Nos encontramos en un momento de desarrollo de las ciencias sociales donde es necesario y urgente dar sustento teórico a las distintas ciencias que las conforman en su conjunto y en este caso al trabajo social en particular. Se ha hecho con frecuencia el llamado a todos los profesionales a aportar desde sus praxis a este objetivo, ya que un escenario de negociación y posconflicto es una oportunidad única para esta reflexión. Entre otras porque “resignificar conceptos para leer la intervención de Trabajo Social posibilita comprender de forma holística y crítica sus dimensiones éticas, políticas, ideológicas, estéticas, epistemológicas, técnicas y contextuales” (Cifuentes, 2008).

Al igual que el trabajo social la investigación para la paz en su proceso de consolidación como disciplina también ha vivido una resignificación de sus agendas y posibilidades donde ha sido posible entender otras interacciones sociales en busca de la transformación de paradigmas. Como resultado tenemos dos formas de cómo es concebida la paz: primero, se puede concebir el mundo con una estructura extremadamente individualista con una humanidad dividida en muchos pequeños grupos sin ningún tipo de contacto entre ellos, por tanto, sin guerra.

Segundo, también es posible imaginar un estado de integración en el mundo que utiliza la violencia potencial o en acción como método de resolución de conflictos (Galtung, 1964). Tanto en el trabajo social como en la investigación para la paz con perspectiva de género para la construcción de paz, es necesario arriesgarse puesto que ambos constituyen escenarios ricos en problemáticas teóricas y empíricas que requieren ser escudriñadas, desveladas y explicadas. El escenario de la agenda maximalista de la investigación en la cual se enmarca este trabajo fué decisivo, ya que su flexibilidad y proyección son las bases para una investigación para la paz más incluyente. En este sentido, vale la pena decir lo importante de la flexibilidad como característica transversal en las interpretaciones que hacemos de la realidad social sobre todo en contextos de violencias difusas.

En la perspectiva de género propuesta como necesaria y urgente dentro de las prácticas profesionales e investigativas del trabajo social con miras a la construcción de paz en todos los niveles debemos tener en cuenta que es necesario empezar a incursionar desde la investigación para la paz en el tema de las relaciones de género con un enfoque interdisciplinario. “En la historiografía tradicional, la paz y las mujeres no han sido normalmente objeto de estudio. No obstante, en los últimos años se está asistiendo a una mayor presencia de estos temas de investigación” (Mirón, Martínez, Díez, Sánchez y Martín, 2004, p. 32).

Con el objetivo de aportar a la construcción de paz con perspectiva de género en trabajo social hay dos aspectos fundantes: el pensamiento maternal y ético del cuidado son fundamentales. Su principal exponente es la filósofa Sara Ruddick (2007) cuyo planteamiento está sustentado en la idea de hallar puntos de encuentro entre hombres y mujeres rescatando valores propios del cuidado hacia la construcción de una cultura para las paces. Este planteamiento retoma el ejercicio de las personas, hombres o mujeres que toman la responsabilidad de la vida de los niños y las niñas, y donde el “cuidado de la infancia es una parte sustancial y regular de su trabajo y su vida” (Magallón, 2001, p. 131). Esto refuerza lo planteado anteriormente por Galtung, a saber: construir la paz inicia con la identificación de capacidades para ello.

Para Ruddick la práctica maternal responde a la realidad histórica de un hijo biológico en un mundo social particular, los agentes que la practican actúan en respuesta a las demandas de los niños, adquiriendo un esquema conceptual, mediante el cual se expresan los valores de dicha práctica. Será el proceso de autoreflexión el que permita refinarla y concretizarla (Ruddick, 2007). Es precisamente este proceso el que es objeto de estudio y análisis del denominado *pensamiento maternal*.

Se trata desde luego de desligar el trabajo maternal de uno de los dos géneros para que se convierta en un valor de la humanidad, por lo que no descarta que existan diferencias entre los unos y las otras para el trabajo maternal; sin embargo, realiza la capacidad que tenemos como seres humanos y como especie para cuidar de los más pequeños. “La práctica maternal

se da como respuesta a tres tipos de demandas: el cuidado o mantenimiento de la vida del niño o niña, su necesidad de crecimiento y el logro de la aceptabilidad social por parte del grupo de referencia” (Magallón, 2001, p. 132). Observemos como con lo planteado en este trabajo se ha recuperado lo importante que es para una construcción de una cultura para las paces la socialización en el comienzo de la vida, y como de esta primera socialización dependen las construcciones sociales pacíficas, donde el trabajo social tiene un rol protagónico.

Segundo, los estudios de masculinidades y nuevas masculinidades: actualmente existen algunas corrientes que empiezan a cuestionarse acerca de las vivencias y experiencias de los hombres en diferentes contextos; sin embargo, se continúa privilegiando la mirada culpabilizadora que ha estado marcando la vida de las diferentes sociedades.

Es decir, muchos de nuestros puntos de partida, de nuestras creencias, deben ser readaptados ante las nuevas realidades que pretendemos explicar. En definitiva. Puede que necesitemos crear nuevos paradigmas que incluyan un pre-descubrimiento y redefinición de la propia naturaleza humana. (Muñoz y Rodríguez, 1997, p. 63)

Es necesario revisar las experiencias vividas y sentidas por los hombres en el marco de un modelo patriarcal que es violento también con ellos. En este sentido se ha podido encontrar ciencias y disciplinas constantemente interesadas en desvelar como el ejercer los roles asignados social y culturalmente pueden llevar de una manera o de otra a que no solo las mujeres sean violentadas, sino también todas aquellas masculinidades subordinadas o marginadas que de una u otra forma se ven afectadas por las hegemónicas. Estudiar las masculinidades

no significa estudiar solamente a hombres, sino la posición que éstos asumen en un sistema de género dominante, el heterosexual, que, sin embargo, requiere para su reproducción una constante afirmación de las fronteras establecidas con mujeres y con sexualidades disidentes. (Andrade y Herrera, 2001, p. 17)

De ahí que sea de nuestro interés acercarnos al estudio de las masculinidades para buscar alternativas orientadas hacia la construcción de la paz.

Esto, además, es un punto de atención hacia la necesidad de intervenciones situadas en contexto donde enseñemos a los hombres, en especial los jóvenes, otro modelo viril que acepte la existencia de la vulnerabilidad y de la emocionalidad.

Los muchachos deben aprender a expresar sus emociones, a pedir ayuda, a ser maternos, cooperativos y a resolver los conflictos de manera no violenta; que acepten mantener actitudes y comportamientos

tradicionalmente etiquetados de femeninos y que son necesarios para el desarrollo de cualquier ser humano. Y eso supone erradicar la homofobia y la misoginia, cosa que quiere decir también que hay que aprender a amar otros chicos y a las chicas. (Badinter, 1993, p. 174)

Esto nos lleva a pensar en lo complejo del proceso de asignar valores diferenciados a cada uno de los géneros cuando lo que debería construirse serían valores generales para la especie donde cada persona decida cuáles de ellos apropia para su vida, en este sentido la educación para la paz en el trabajo social es fundamental.

Elisabeth Badinter plantea que:

la necesidad y la urgencia de enseñar, sobre todo a los chicos, la existencia de la vulnerabilidad, de manera que aprendan a expresar sus emociones, a pedir ayuda, a ser “maternales”, cooperativos y a resolver los conflictos de manera no violenta; que acepten mantener actitudes y comportamientos tradicionalmente etiquetados de femeninos y que son necesarios para el desarrollo de cualquier ser humano. (1993, p. 174)

He aquí una propuesta bien interesante: es necesario ofrecer herramientas a la sociedad para que se piense la educación de una manera diferente; es decir, una educación que no suprima, no anule, y que, por el contrario, muestre las mejores cualidades de los seres humanos por encima de lo que socialmente se cree debe hacer un género; lo anterior, es fundamental para la construcción de paz en un patriarcado tan marcado en estos contextos.

En el proceso de construcción de las identidades masculinas que lleva a los hombres a suprimir sus emociones y sentimientos estas no desaparecen; que permanezcan bloqueadas entorpece las posibilidades de relacionarse en condiciones de igualdad con las mujeres. Así en ese proceso de socialización se les educa para mantener el control de sus hogares, lograr un excelente desempeño siendo altamente competitivos, se les exige un alto rendimiento en el ámbito público.

Al perder el hilo de una amplia gama de necesidades y capacidades humanas, y al reprimir nuestra necesidad de cuidar y nutrir, los hombres perdemos el sentido común emotivo y la capacidad de cuidarnos. Las emociones y necesidades no confrontadas, no conocidas y no esperadas no desaparecen sino que se manifiestan en nuestras vidas, en el trabajo, en la carretera, en un bar o en el hogar. (Kaufman, 1997, p. 9)

Por tanto, es allí donde la intervención del trabajo social tiene un lugar y puede propiciar transformaciones.

Del grupo de expertos sobre los roles del hombre y la masculinidad en la perspectiva de cultura de paz reunidos en Oslo en 1997 surgió:

una convicción de que una cultura de paz solamente puede ser establecida en el contexto de unos roles de género orientados a la igualdad y a la asociación. Los roles del hombre arraigados en un punto de vista estereotipado basado en el dominio, la fuerza y la agresividad requieren un estudio serio si se ha de conseguir el cambio. (Breines, Gierycz, Reardon, 2002, p. 70)

A su vez, se requiere de un estudio serio que permita reconocer las dinámicas de estas situaciones y en cómo afectan directa o indirectamente a unas y otros; además que ese reconocimiento nos lleve a la reflexión, pero que al mismo tiempo ofrezca caminos y alternativas para que en la vida cotidiana y en la realidad de las personas estos cambios puedan ser un hecho.

Admitieron que aunque los roles de las mujeres y su estatus han sido ampliamente debatidos en las últimas décadas, los hombres han sido considerados con el estándar del ser humano —la norma— y sus roles y posiciones apenas han sido debatidas y mucho menos cuestionadas. (Breines, Gierycz, Reardon, 2002, p. 71)

Estos aportes, sumados a los procesos de acompañamiento al desarrollo de habilidades locales y comunitarias al mismo tiempo que se van consolidando procesos en los territorios como municipios y departamentos, le permiten al profesional en trabajo social asumir el rol que el quehacer profesional le asigna para transformar para la paz y mantener la misma. Es decir, pensar en que la posibilidad de la construcción de paz se corresponde con el escenario al que se enfrenta; esto es, unas medidas, para el contexto ampliado (país, departamento, municipio) y otras medidas en los contextos más cercanos (barrio, comunidad, familia, grupo).

Como conclusión, las principales acciones que un profesional en trabajo social puede implementar en su intervención con el objetivo de aportar a la construcción de paz en el posconflicto están centradas fundamentalmente en: la transformación pacífica de los conflictos; desmovilización de combatientes; reconciliación; aporte a la construcción de instituciones de la sociedad civil capaces y eficaces; protección de la población civil; desarrollo de acciones humanitarias en emergencias complejas; reconstrucción social; acompañamiento a los sistemas de alertas tempranas; identificación de conflictos socioambientales; reconstrucción económica; diseño, ejecución, evaluación e investigación de políticas públicas; todo ello, sin olvidar la perspectiva de género y los planteamientos que de la misma se hacen desde la investigación para la paz.

Es necesario profundizar en los procesos de reconciliación y educación para la paz desde una perspectiva amplia, para que la primera sea posible, según Lederach,

la reconciliación representa un lugar, el punto de encuentro don donde se pueden aunar los intereses del pasado y del futuro, la reconciliación como encuentro plantea que el espacio para admitir el pasado e imaginar el futuro son los ingredientes necesarios para reconstruir el presente. Para que esto suceda las personas deben descubrir formas de encontrarse consigo mismas y con sus enemigos, con sus esperanzas y con sus miedos. (1998)

Finalmente, con base en los planteamientos de Lederach, podemos entender como la construcción de la paz pasa necesariamente por un proceso individual de posibilitar y mantener la transformación. ¿Cómo puede hacerlo un profesional en trabajo social?, una pista interesante la da la educación para la paz y los derechos humanos, ya que:

las personas que viven en escenarios de violencia padecen y perciben la red de patrones y conexiones en la que están atrapadas. Perciben que personas, comunidades y redes, con sus actividades y acciones, están ligadas entre si y contribuyen a formar patrones que pueden dar pié a acciones destructivas o constructivas. (Lederach, 2007, p. 70)

En conclusión, el imperativo del Trabajo Social lo lleva necesariamente a acciones constructivas y a eso estamos llamados.

Referencias bibliográficas

- Boulding, K. (1977). Twelve Friendly Quarrels with Johan Galtung. *Journal of Peace Research*, 14 (1), 75-86.
- Breines, I., Gierycz, D., Reardon, B. (2002). *Mujeres a favor de la paz*. Madrid, España: UNESCO, Narcea Ediciones.
- Cifuentes, R.M. (2008). Resignificación conceptual y disciplinaria de la intervención profesional de Trabajo Social en Colombia. En *Memorias del Primer Seminario Internacional en Trabajo Social: perspectivas Contemporáneas* (pp. 41-77). Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Fisas, V. (2004). *Procesos de paz y negociación de conflictos armados*. Barcelona, España: Paidós.
- Galtung, J. (1964). An Editorial. *Journal of Peace Research*, 1 (1), 1-4.

- Galtung, J. (1990). Cultural Violence. *Journal of Peace Reseach*, 27 (3), 291-305.
- Galtung, J. (2003). *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Bilbao, España: Gernika Gogoratz.
- Galtung, J. (1976). Three approaches to Peace: Peacekeeping, Peacemaking and Peacebuilding. *Peace, War and Defense (His Essays in Peace Research)*. Copenhagen, Denmark: Christian Ejlers Publishers.
- Grasa, R. (2010). *Cincuenta años de evolución de la investigación para la paz. Tendencias y propuestas para observar, investigar y actuar*. Barcelona, España: Generalidad de Catalunya.
- Harto de Vera, F. (2004). *Investigación para la paz y resolución de conflictos*. Valencia, España: Tirant Lo Blanch.
- Jiménez, F. (2004). Paz negativa. En M. López (ed.), *Enciclopedia de paz y conflictos* (pp. 906-908). Granada, España: Universidad de Granada.
- Lederach, J. (1998). *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Bilbao, España: Bakeaz.
- Lederach, J. (2007). *La imaginación moral. El arte y el alma de la construcción de paz*. Bilbao, España: Bakeaz.
- Lorenzo, J. (1999). Antimilitarismo y feminismo: las mujeres, la campaña insumisión y 25 años desobedeciendo. En A. Aguado (ed.), *Mujeres, regulación de conflictos y cultura de paz* (pp. 177-210). Valencia, España: Universidad de Valencia.
- Muñoz, F. (2004). Pax. En M. López (ed.), *Enciclopedia de paz y conflictos* (pp. 877-881). Granada, España: Universidad de Granada.
- Magallón, C. (2001). El pensamiento maternal. Una epistemología feminista para la cultura de paz. En F. Muñoz (ed.), *La paz imperfecta* (pp. 131). Granada, España: Universidad de Granada.
- Martínez, V., Comins, I., París, S. (2009). La nueva agenda de la filosofía para el siglo XXI: la investigación para la paz. *Convergencia*, 16, 91-114.
- Mirón, D., Martínez, C., Díez, M.E., Sánchez, M., Martín, A. (2004). *Las mujeres y la paz: génesis y evolución de conceptualizaciones, símbolos y prácticas*. Madrid, España: Instituto de la Mujer.
- Ruddik, S. (2007). Maternal Thinking. En A. O'Reilly (ed.), *Maternal Theory: Essential Readings* (pp. 96-113). Toronto, Canada: Demeter Press.
- Ruíz, J.A. (2004). Peace-Building. En M. López (ed.), *Enciclopedia de paz y conflictos* (pp. 920-922). Granada, España: Universidad de Granada.

- Rapoport, A. (1970). Can peace research be applied? *Journal of Conflict Resolution*, 14 (2), 277-286.
- Rogers, P. y Ramsbotham, O. (2000). Entonces y ahora: pasado y futuro de la investigación para la paz. En M. Aguirre, T. Filesi, M. González (eds.), *Anuario CIP 2000* (pp. 11-35). Barcelona, España: Icaria Editorial.
- Romeva, R. (2003). *Guerra, posguerra y paz*. Barcelona, España: Icaria Editorial.
- UN. (1992). *An agenda for Peace: Preventive Diplomacy, Peacemaking and Peace-keeping*. Recuperado de http://www.unrol.org/files/A_47_277.pdf.
- UN. (2005). *Peacebuilding Commission*. Recuperado de <http://www.un.org/en/peacebuilding/mandate.shtml>.
- Vélez, O. (2003). *Reconfigurando el Trabajo Social. Perspectivas y tendencias contemporáneas*. Buenos Aires, Argentina: Espacio Editorial.